





LAS EXTRAVAGANTES Y
ENMARAÑADAS HISTORIAS
DEL SR. CORVUS



BRUNO BRIZUELA

LAS EXTRAVAGANTES Y
ENMARAÑADAS HISTORIAS
DEL SR. CORVUS



Primera edición: febrero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Bruno Brizuela

ISBN: 978-84-18097-68-3

ISBN digital: 978-84-18097-69-0

Depósito legal: M-6471-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Levanto mi copa y le dedico este libro a todos aquellos que me acompañaron en la aventura que fue, es y seguirá siendo mi vida, se lo dedico a los hermanos que en su desesperación perdieron su brújula moral y se convirtieron en traidores, se lo dedico al antiguo hermano cuyo rostro no veía hacía años y de un segundo al otro hablamos como si el tiempo no hubiera pasado, se lo dedico a mi abuelo y a mi madre cuya ayuda fue tan necesaria para que este libro se haga realidad como el aire que respiro para mantenerme vivo, se lo dedico al amor de mi vida por hacerme el hombre más feliz que haya pisado esta tierra, se lo dedico y agradezco a mi tía por prestarme sus habilidades con la cámara e inmortalizarme en la foto que reposa sobre la solapa, se lo dedico a las cosas malas que me pasaron en la vida y les agradezco por haberme enseñado y se lo dedico a las cosas buenas que de la misma manera les agradezco por no dejarme sucumbir ante el odio y la amargura, le agradezco al destino por darme este duro aunque maravilloso camino, le dedico esto a aquellos que me quieren ver caer y que en su mezquindad me dieron razones para continuar, se lo dedico a la luna que durante tantas noches me observó y cuidó con un cariño casi maternal y en tantas otras fue mi única compañía, me lo dedico a mí mismo por no haberme rendido y no haber dejado de respirar incluso cuando deseaba hacerlo y por ultimo pero no menos importante se lo dedico a España y a la editorial Adarve y les estoy infinitamente agradecido por convertir uno de mis sueños en realidad cuando ninguna editorial en mi país se molestó en contestar mis mensajes.



Epigrafe

Antes de empezar quiero dejar bien claro que no existen ni el bien ni el mal, por ende, estas palabras no me condenan ni me liberan de mi mente.

*Un viejo sabio en su gran biblioteca espera
A que algo interesante en su vida ocurriera*

*Los días soplaban como el viento
Pero en su existir no sucedía ningún evento*

*Y a través de su ventana miraba y miraba
Pero nada interesante esa noche pasaba.*

*Tomó su sombrero y su bastón
Y no le quedó otra opción que salir de la habitación.*

*Sin embargo, ahí se quedó y en su interior sintió un fuerte ardor,
Pues salir de ese lugar es algo que le causa mucho dolor.*

*Así que de vuelta se sentó
Y sin decir ni una palabra su colección de libros observó.*

*De la biblioteca uno eligió
Y entre sus páginas se perdió.*

*Los de afuera se llamaban, era incomprensible
Y lo que sus páginas describían era horrible.*

*Terror y corrupción, crueldad y difamación,
Todo eso en una oscura combinación.*

Lo que la mente humana puede hacer es increíble.

*Capaz de hacernos delirar
O de obligarnos a jamás olvidar*

Epigrafe

Los monstruos existen, pero contrario a lo que se cree no tienen grandes cuernos, afilados dientes u horribles ojos amarillentos, poseen dos brazos, dos piernas, cabello, cara y se llaman humanos, pues la mente humana no tiene límites para su bondad o para su maldad.



Capítulo 1

Lo que nos aterra

Corría por el bosque más oscuro que en mi sórdida y furtiva vida había presenciado, tan oscuro como los ojos de la propia muerte y tan frío como el zarpazo directo y preciso de la propia parca.

Aunque podía escuchar millares de pasos detrás de mí y sentir el caos de la persecución en mi piel, no podía ver a ninguno de mis perseguidores que como unos animales famélicos me pisaban los talones incesantemente sin intenciones de permitirme escapar o tomar preeminencia alguna.

El cansancio hacía mella en mis piernas que se sentían tan ardientes como el fuego del mismo infierno y tan adoloridas como un prócer sin su caballo, pero detenerme y dejarme a la merced de esas enfermizas criaturas sería un escenario mucho peor que la muerte.

Tanto, que todo mi cuerpo juntaba fuerzas de donde no había para seguir corriendo, pero era inútil, podía sentir a esas criaturas rozando mis vestiduras y esbozando unas tétricas risas guturales y sombrías, la demencia de sus gruñidos era casi palpable en el aire y eran capaces de volverte casi tan desquiciado como ellos. Los abedules pasaban y pasaban como una manta de madera y oscuridad que me rodeaban, pero las luces de la casa seguían muy lejanas, cada paso se sentía pesado como si llevara una gran masa de plomo

en mis tobillos y para empeorar las cosas esas malditas preguntas que como un incesante recaudador insistía en aparecer en mi mente y quitarme las pocas fuerzas que me quedaban.

¿Podré llegar?, ¿seré lo suficientemente rápido?, ¿por qué esas criaturas no me han devorado todavía?, ¿por qué no dejo de correr?, pero en vano sería seguir preguntándome cosas, si me distraía y tropezaba con lo que sea que habitara en el suelo, no volvería a preguntarme nada más en mi corta y para nada austera vida.

De la nada una de esas criaturas alcanzó mi pierna derecha y me hizo caer de bruces contra el piso, me levanté lo más rápido que puedo y miré a mi alrededor con ojo clínico, pero nada había ahí, lo único que me rodeaban eran los matorrales, las malezas y la densa oscuridad que como una amante caprichosa insistía en envolverme en sus gélidos brazos causándome una ceguera casi absoluta, escuché las hojas del suelo quejarse a mis espaldas con un chillido aterrador y agudo, me di la vuelta lo más rápido que puedo y ahí la vi, Sofía, completamente cubierta de sangre con la mirada fija en la nada absoluta o tal vez, con la mirada fija en algo que yo no podía presenciar, baja lentamente la vista hasta dejarla fija en mí y al verme sus ojos se veían completamente vacíos como si hubiera sido arrebatada de toda esencia de humanidad y cordura, como si ella fuera un cascarón hueco y algo oscuro y siniestro hubiera ocupado el lugar de lo que alguna vez fue mi hermana.

—¡¡¡TE DIJIMOS QUE NUNCA SALGAS!!! —gritó pero su voz ya no era su voz, se escuchaba completamente deformada como si hubieran desgarrado sus cuerdas vocales, acto seguido se abalanzó contra mi cuello como si fuera un depredadora salvaje y sádica con unas ganas incontrolables de matar. Desperté, una vez más agitado con el corazón latiendo al ritmo de una locomotora a toda marcha y con mi piel trigueña completamente empapada por mi sudor, giré a mi izquierda y ahí estaba mi hermana apoyada sobre sus codos con su pelo renegrado cubriendo casi por completo su delgada cara dejando únicamente a la vista su tersa mejilla izquierda, sus carnosos labios, su pequeña y puntiaguda nariz y sus

claros ojos con un color semejante al de las esmeraldas.—¿Pesadillas otra vez? —me preguntó mientras se refregaba con el antebrazo sus adormilados ojos.

—Sí —contesté mientras dejaba caer mi cuerpo sobre la humedecida cama debido a mi transpiración.

—¿Qué soñaste? —preguntó con verdadero interés y con un brillo estrellado de curiosidad en sus ojos.

—Que estaba afuera —contesté sinceramente girando la cabeza hacia la vieja ventana de madera—. Y que me perseguían.

—¿Y yo estaba en tu sueño? —me preguntó ladeando la cabeza hacia un lado como si fuera un cachorro curioso por alguna extravagancia de su dueño, un gesto muy normal en ella.

—No —mentí, no decirle la verdad era más fácil que explicarle la aterradora imagen de ella que aún hacía eco en mi cabeza—. Volvamos a dormir, voy a intentar no volver a despertarte. Pero antes de terminar de hablar ella ya estaba recostada y completamente tapada con las sábanas, letárgica al igual que un oso en pleno estado de hibernación. Di vueltas en mi cama como un muerto intentando escapar de su ataúd, pero entre mi incesante insomnio y mis ojos que se negaban rotundamente a cerrarse, dormir sería una misión más que imposible, me levanté con un completo cuidado de no despertar a mi hermana, muy lentamente me acerqué hasta la ventana que daba directamente hacia el apacible y oscuro bosque.

Me pregunto qué tanto me puedo internar en él antes de que una de esas abominables criaturas me atrape entre sus zarpas y me aniquile, no importaba mucho, la verdad, aunque pudiera internarme unos cincuenta metros en él, mi mayor problema era la mirada atenta y vigilante de mis progenitores que como unos halcones resguardaban todo el lugar desde lo alto, eso sin contar el enorme cercado de tres metros con la función de que ninguno de nosotros con ojos curiosos intentáramos salir o acercarnos mucho siquiera, es frustrante no poder escapar de un terreno de cincuenta metros cuadrados, «al menos tenemos una buena huerta con sabrosos frutos» siempre repite mi madre, y sus palabras

por más improbable que pareciera estaban empezando a entrar en mi cabeza como un espía infiltrado en un edificio saboteándolo todo a su paso.

Entre las sombras logré divisar una figura agazapada entre los arbustos mirándome fijamente desde la seguridad de la densa oscuridad, en cuanto nota mi fija y centinética mirada en él sale corriendo hasta perderse en las entrañas del profundo y letárgico bosque. «¿Qué era esa cosa?», «¿realmente son tan hostiles?», «¿de dónde vienen?». Cientos de preguntas similares a esas cruzaban fugazmente por mi fuero interno a diario, pero jamás salían de ahí, eran muy contadas las ocasiones en las que había hablado con mis progenitores sobre «los de afuera» como ellos los llamaban, pero la verdad es que lo único que sé es que son muy peligrosos, que siempre hay que correr de ellos, jamás enfrentarlos y que haga lo que haga jamás los mire a los ojos aunque desconocía la razón de esta última indicación, «¿qué pasaría si los miraba a los ojos?». De todas formas no importaba. Desde que estamos encerrados en este lugar ninguno había logrado entrar, para nuestra buena fortuna no son buenos trepadores y nosotros no pensábamos salir, teníamos suficiente comida, incluso sin la huerta podríamos sobrevivir al menos un año y medio más, pero seguir pensando en todo esto no tenía sentido «y no me ayudará a sobrevivir», como decía mi padre, me desplomé sobre mi cama mirando fijamente al techo esperando a que Morfeo me reclamara y con la esperanza de que me llevara a un mundo ligeramente mejor que este, poco a poco las sombras me fueron envolviendo y mis ojos cansados y listos para su letargo empezaron a cerrarse, los abrí y la luz matutina pasaba a través de la ventana dando justo sobre mi cara, la luz directa me encandilaba y no me dejaba ver nada en la oscuridad perenne de mi habitación, me levanté para salir de ese cuadrado de madera amueblado y con cada paso rechinaban las viejas maderas del suelo gritando una antigua historia desconocida para mí, me pregunto qué persona o criatura habrá habitado la casa antes que nosotros ¿habrá estado maldita o llena de una dicha inmensa?

Caminé por los viejos pasillos de la casa mirando cada espacio cuadrado de polvo en las paredes donde alguna vez hubo fotos familiares de personas que jamás conocimos, y que muy probablemente ahora estén sumidas en el sueño eterno del que jamás despertarán, después de muchos pasos que por mi somnolencia me parecieron eternos llegué al comedor aún con ese insistente rechinado siguiéndome allá a donde vaya, todos los integrantes de mi familia estaban ahí mirándome expectantes a cualquier respuesta mía mientras desayunaban.

—Buenos días —dije con una sonrisa lo más sincera que pude aunque no lo fue mucho

—Buenos días —contestaron los tres al unísono.

Mi madre con su gentileza de costumbre me había servido el desayuno incluso antes de hacer mi aparición, tal vez antes de abrir mis ojos siquiera, me senté tranquilamente en la vieja y desvencijada silla—. ¿Pesadillas otra vez? —dijo con la ternura única de una madre.

Asentí con la cabeza y dirigiendo la mirada hacia mi hermana le dije:

—Chismosa —mi voz sonó tan ligera como el aire, teníamos la regla de no guardar secretos, eso hacía la supervivencia más simple, según mi padre al menos. Comimos al igual que todas las mañanas, mientras desayunaba miraba la totalidad de la casa en general siguiendo mi ritual matutino, la tosca mesa de madera agrisada por el paso del tiempo, las desvencijadas sillas negras hechas con la misma madera que la mesa y posiblemente la misma madera con la que fue construida la casa entera, las paredes de tronco con un tono que combinaba a la perfección con la mesa, las vigas y el techo que a pesar de estar limpias y libres de telarañas se veían viejas y sucias, como si nadie hubiera vivido en este lugar en décadas o tal vez un siglo entero, al igual que una computadora perfectamente programada todos terminamos de comer y nos dirigimos directo a nuestros quehaceres envalentonados por los primitivos rayos de luz y como un apretujado resorte salí directo al límite entre la se-

guridad de la casa y las entrañas mismas del inexplorado bosque, mi grácil hermana posó su mano sobre mi hombro con su sutileza de siempre y me dijo en voz baja únicamente audible a mis oídos:—La curiosidad te está matando, ¿verdad? —dijo con una voz incluso más dulce y acaramelada de lo acostumbrado.

—Sí —contesté completamente incapaz de mentirle y aunque lo hiciera ella ya sabía la respuesta sincera.

—Sabes por qué está prohibido, no podemos ir más allá de este límite —exclamó en su tono autoritario pero a la vez dulce, una mezcla que rara vez se veía.

—Lo sé —dejé una pequeña pausa en la que me quedé mirando a la nada misma, después de unos escasos segundos que me parecieron eternos me giré y la miré directamente a los ojos—, pero quiero saber qué es lo que hay más allá, quiero saber qué es lo que se oculta en el bosque y qué cosas habitan más allá de estas arboledas.

—Sabes que es muy peligroso, no podrías sobrevivir ni siquiera una semana, al momento en el que los árboles te tapen vas a... — La interrumpí levantando mi dedo índice sobre ella, no solamente porque sabía exactamente lo que me iba a decir, sino que había visto entre las malezas a la criatura más furtiva que alguna vez presencié.

—¿Viste eso? —le dije con la voz lo más baja que pude para que sea lo que sea que habitara en las entrañas del bosque no pudiera oírnos pero fue en vano, esas criaturas siempre estaban ahí mirándonos, acechándonos de una forma tétrica y posesiva.

—¿Ver el qué? —su actitud, aunque rauda, no fue lo suficientemente rápida como para presenciar a esas abominables criaturas moviéndose—. No veo nada.

—Ya se fue, ¿realmente no lo viste? —aunque furtivos, sus movimientos habían sido más que audibles, me sorprendía el hecho de que no lo haya visto, o tal vez, prefirió ignorarlo por completo.

—¿Qué fue lo que viste? —me preguntó con su típica mirada curiosa, que a pesar de ser mayor que yo hacía resaltar todo el esplendor de su juventud.

—Nada, ya no importa. Los días pasaban raudos y con una semejanza completamente abrumadora y en muchos casos una sensación de desdicha me acompañaba durante días enteros, o incluso más, esas criaturas seguían dejándose ver, en más de una ocasión varios de ellos fijaban los ojos en mí como un cazador al acecho buscando debilidades las cuales explotar en su escurridiza presa, la curiosidad y la somnolencia me mataban por partes iguales, desarmando cada fragmento de mi ser y volviéndolos a unir en una mezcla inentendible de emociones cruzadas, curiosidad y desesperación, día a día tenía más y más preguntas pero cada vez menos respuestas, pero seguía ahí en esa antigua y desolada cabaña convertida en un impenetrable refugio, casi a diario se me cruzaban imágenes del antiguo mundo o al menos de como yo lo recordaba y aunque mi padre siempre me decía que alejara esos pensamientos, que de nada me servirían, «el ahora es el ahora y hay que preocuparnos del ahora» como solía decir, pero siempre hacía caso omiso a sus palabras como un mechón de cabello que se negaba rotundamente a ser peinado, pues lo que mi padre ignoraba por completo es que yo me alimentaba de esos recuerdos, sacaba fuerzas para poder soportar la quietud y la estructura de este horripilante lugar.

Esos recuerdos me daban la energía vital para seguir cada mañana, esos recuerdos me daban fuerza y en muchos casos esos recuerdos me moldeaban, diciéndome qué hacer y cómo actuar balanceando mi karma entre la eterna obediencia o la sempiterna curiosidad de saber qué hay más allá de este lugar, pero de una forma extrañamente constante y por momentos casi inaudible esa atípica sensación seguía ahí, resonando en lo más profundo de mi mente, dejando una semilla que bien podría ser el árbol de la vida misma o una enraizada enredadera de fuertes espinas que terminarían de destruir mi mente.

Pero como el joven desobediente que en el fondo seguía siendo tenía la curiosidad casi obligada de contestar todas mis preguntas, aunque al final del camino lo único que posiblemente encuentre

es un precipicio lleno con los cadáveres de las personas que otrora sintieron la misma curiosidad que yo, la misma inquietud molesta y persistente de saber, ¿qué hay más allá de estos parajes?, ¿qué hay en lo prohibido?, ¿qué pasará si muerdo la manzana de la discordia? Y aunque me diera de bruces contra un pozo lleno con las ideas más retorcidas y siniestras de este mundo hacia lo más profundo de lo retorcido y siniestro de este mundo, era un precio que estaba dispuesto a pagar.

Capítulo 2

Más allá de la puerta

Mis manos se sentían ligeramente cálidas y el resto de mi cuerpo tan frío como la propia muerte que se aproximaba entre las sombras rauda y furtiva lista para reclamar la vida que le pertenece por derecho, bajé la vista y lo único que pude ver fueron tres personas tan frías como el hielo cubiertas de sangre y de sus propias vísceras, la imagen me revolvió el estómago y caí al suelo como si un espectro invisible pero eternamente expectante se hubiera robado todas mis fuerzas de la forma más descarada y directa que jamás en mi vida había sentido.

Aterricé sobre un verde prado aún más frío que mi cuerpo entero que me hizo reaccionar de forma instantánea, levanté la vista y ahí estaban esas criaturas delgadas y famélicas, con su piel completamente pegada a los huesos, con unos dientes largos y afilados brillantes y blancos contrastando perfectamente con el resto de su nauseabunda piel azabache y una mirada hueca como si todo el tiempo estuvieran mirando a la nada absoluta, estaban encima de los cadáveres olisqueándolos y observándolos de una manera compulsiva y siniestra, quería correr, pero absolutamente todas las células de mi cuerpo estaban completamente paralizadas, incapaces de huir ante el peligro inminente que se encontraba ante mis desquebrajados ojos.

Sin ningún aviso previo esas criaturas posaron sus siniestras y atentas mirada sobre mí, analizando hasta el último milímetro

de mi ser, dubitativos de si atacarme o huir, pero mi pánico era perceptible hasta para alguien completamente ciego, esas criaturas tenían toda la ventaja y eran completamente conscientes de ello, poco a poco se me fueron acercando con unos movimientos completamente toscos y demenciales poniéndose en posturas absolutamente inconcebibles para un ser humano, una de esas negruzcas y abominables criaturas llegó hasta mi lado posando su boca en mi oído izquierdo con una delicadeza completamente inseperada increíblemente precisa y me dijo:

—¿Por qué nos hiciste esto? —su voz sonó como la de un millar de muertos hablando al unísono con la voz completamente desgastada por los milenios de sufrimiento encerrados en un mundo frío y sin colores.

Abrí de repente mis ojos, la luz de la tarde me encandiló permitiéndome ver únicamente el manzanero que me servía de almohada y protector a la vez, poco a poco mi vista se fue adaptando dejándome ver las docenas o quizás los centenares de manzanas que adornaban el árbol de forma bella y elegante, como si fuera un árbol de Navidad perfectamente decorado, esa imagen, por un instante fugaz pero tan brillante como la luz de la luna en una noche completamente oscura, me llevó a mi época más feliz cuando el mundo todavía no había sido llevado al borde de la locura y había jugado una peligrosa apuesta con el destino la cual perdería, por un instante me llevó a ese lugar especial de mi niñez en donde todo era de colores brillantes y alegres, donde la única preocupación era qué hacer después.

Me levanté forzadamente con Morfeo aún reclamando que vuelva a su mundo de somnolencia interminable, pero ya había dormido lo suficiente, tal vez había dormido más de la cuenta, sea como fuere esta misma noche lo iba a descubrir, saqué una manzana del árbol y la limpié torpemente con mi remera sin demasiado esmero, de todas formas estaban limpias, en la lejanía solitaria y carcomida por el tiempo estaba una vieja bodega de herramientas sólidamente sellada por los propietarios anteriores y que por falta de herramientas e interés no había sido abierta.

Me acerqué tranquilamente hacia la bodega, pero una sensación incómoda se dejaba sentir en todo mi cuerpo y a medida que me acercaba al tétrico lugar esa voz en el fondo de mi cabeza me decía que desistiera de esa revolucionaria idea fruto de mi naturaleza desobediente para con mis padres que en un afán de protegerme de algo desconocido me prohibieron acercarme, pero paso a paso un eco en lo más profundo de mi mente me decía que eso era una mala idea incluso sin saber por qué «no debe haber gran cosa, solamente herramientas viejas y oxidadas», me dije a mí mismo en mi fuero interno, pero mis pies incapaces de detenerse siguieron su marcha movidos por una juvenil curiosidad incontrolable.

Hasta que por fin me paré enfrente de la imponente bodega, derruida y con sus maderas grisáceas por el paso del tiempo al igual que un antiguo cementerio con tumbas sin nombre las cuales nadie visitaba, ese lugar que otrora guardaba las herramientas para las creaciones cínicas de los humanos, aunque mi mente dubitativa reflexionaba sobre la idea de entrar o no, para mi fortuna una de las maderas laterales estaba desclavada y al igual que en el infierno de Dante esta podría ser la entrada a la dicha infinita del cielo o la entrada a las mismísimas entrañas del infierno.

En su interior el olor a madera humedecida invadió mi nariz y una manta de penumbra se cernía sobre mis ojos permitiéndome ver únicamente la nada misma y la oscuridad absoluta, poco a poco mis ojos se fueron adaptando a la eterna penumbra permitiéndome ver una pequeña ventana en el techo de la bodega pero lo suficientemente grande como para iluminar todo el lugar con los rayos del sol, en cuanto la abrí la imponente luz de Apolo me cegó y una vez más no podía ver absolutamente nada que no fuera un resplandor blanquecino de los ojos del dios del sol, unos segundos después no había nada, ni herramientas, ni máquinas, ni alambres o piezas para reparar, únicamente una silla y una mesa llena de papeles, archivos y cosas de oficina.

Como un niño curioso cautivado por la extraña escena, tomé la primera carpeta que mis ojos pudieron enfocar, en cuanto la abrí

lo primero que se dejó mostrar fue una foto de mi familia pero con una clara ausencia de mi hermana, página tras página seguí leyendo cautivado e hipnotizado por la curiosidad y el deseo de satisfacerla pero siempre con el mismo resultado, fotografías familiares de antaño sin mi hermana posando en un mundo que ahora yace destruido y profanado por las mismas manos que le dieron forma y que por avaricia no supieron detenerse a tiempo, el final de la carpeta estaba adornado con un título en psiquiatría a nombre de Sophia Oldwood y adjunto un currículum de empleo con la foto de mi querida hermana, pero ella no era psiquiatra «¿cómo era eso posible?», «¿quién era mi hermana?», «¿y si no es mi hermana?», «¡imposible!», me dije a mí mismo, tenía toda una vida de recuerdos a su lado, o tal vez no los tenía, aterrorizado y desconcertado salí raudo y disparado como una bala de ese difamante lugar con miles de preguntas en mi cabeza, para mi desgracia muchas de ellas peligrosas, capaces de reducir mi mundo a cenizas una vez más, si ella no era mi hermana, entonces, ¿quién era?, al igual que un perfecto sustituto espectral e invisible esa persona era todo un misterio y en cuanto más me preguntaba, más desconcertado estaba, si no puedo confiar en mis recuerdos y mucho menos en lo que veía, entonces, ¿cuáles de mis otros sentidos estaban nublados?, ¿el olfato?, ¿el oído?, ¿la razón?

Alejé todas esas destructivas preguntas de mi mente, pero como una ligera voz en el fondo de mi conciencia no podía alejar las contradictorias ideas que había en mi cabeza, estaba confundido, desorientado y exhausto, la larga fila de situaciones que conspiraban de la forma más secreta y sutil en mi contra no me alentaban de forma alguna, terminé dando vueltas por mi prisión a la cual llamo hogar hasta posar mi cabeza contra la imponente reja que nos divide de las criaturas acechantes de la oscuridad, o tal vez éramos nosotros los encerrados por la seguridad de ellos, en este punto no podía estar seguro de absolutamente nada, sentí la mano de mi padre posándose sobre mi hombro dejando sentir un cariño fraternal solamente visible para mí.

—Sé que la vida es difícil estando en este lugar —silenció por un instante su improvisado discurso, aunque sentí su profunda mirada sobre mí no me volteeé para cruzar nuestros ojos—. Y sé que esta no es la vida que querías, tampoco es el estilo de vida que yo quería para vos, pero la vida no siempre es lo que esperamos, pero es en esos momentos en los que tenemos que ser fuertes y sobreponernos a cualquier situación.

—Lo sé, papá, pero la curiosidad me mata, estar en este lugar va a hacer que pierda la cabeza —mis palabras de una forma inconsciente sonaron apagadas y sin sentimientos como si fueran dichas por una máquina reproductora.

—Escucha —mi padre tiró ligeramente de mi hombro haciéndome girar sobre mi propio eje, me miró a los ojos y me dijo con una voz profunda y precisa—: en este mundo hay algunas veces en las que hay que hacer cosas malas para que pasen cosas buenas, en esas situaciones y solo en esas situaciones, romper las reglas es lo correcto.

¿Acaso mi padre estaba diciéndome entre líneas lo que yo creía? Sí, me estaba sugiriendo saciar mi curiosidad, adentrarme en las tinieblas del bosque.

Al igual que el viento arrastrando las otoñales hojas los días soplaban y se escapaban de entre mis manos con una velocidad alarmante, me pasaba los días meditando sobre la conversación entre mi padre y yo, y en lo que me quiso decir con sus encriptadas palabras, pero ya no perturbaba mi mente, sin importar cuál sería el precio a pagar saldría de este lugar como fuera, la vida deja de ser vida cuando se vive todos los días lo mismo pero sin importar qué tanto pensara las cosas o qué tanto dejara de hacerlo y le diera rienda suelta a mi instinto para vagar libremente entre terminar muerto o salir de este lugar para saciar mi curiosidad, esa voz en mi cabeza seguía ahí, incesante, incansable, algo en lo más profundo de mi conciencia me pedía a escandalosos gritos que no saliera, que me quedara en lo seguro y pacífico, que fuera cual fuera la respuesta a la incógnita que llevaba carcomiendo mi mente desde que pisé este lugar no me iba a gustar.

Con atemorizante sensación de duda y un profundo miedo a lo desconocido que inequívocamente había sido inclucado por mi madre, que poseía una personalidad justamente contraria a la de mi padre pero ligeramente paralela a la de este, siempre decidía aguardar y esconderse antes de saltar a lo desconocido, y yo tenía la costumbre de saltar antes de mirar, aunque a veces no hubiera la suficiente agua como para parar la caída, la letárgica y somnolienta noche calló, envolviéndome en su manto materno de estrellada naturaleza capaz de revivir los sueños más profundos de mi infancia, con la protección de la penumbra hice un pozo para pasar por debajo de la reja protectora como si fuera un perro callejero, una vez afuera una extraña sensación recorrió mi cuerpo entero de pies a cabeza, una indescriptible electricidad e impulso de repentina valentía me inundó y, tal vez, nubló mi juicio, salté directo a la boca del lobo moviéndome entre las sombras y los matorrales como un simple espectro del bosque, como una sombra expectante pero siempre vigilante me moví hasta lo más profundo del espeluznante abismo arbolado, con pies de plomo me dirigí directo hacia la oscuridad eterna incluso sabiendo que posiblemente sería lo último que hiciera.

La música del bosque compuesta por su fauna me servía de alivio, de alguna extraña y casi mágica manera hacía desaparecer todos los miedos y dudas de mi cabeza como si el bosque siempre fuera mi hogar y cada criatura me diera la bienvenida, pero en lo más profundo y errático de este infierno arbolado esos acechantes monstruos seguían ahí, esperando a que bajara la guardia, tal vez ya estaban a mi alrededor escondidos en la oscuridad y las tinieblas de cada recoveco y espacio de este verdoso lugar, pero de nada serviría pensar en mis acechadores, aunque ellos estuvieran ahí analizándome y mirándome con ojos hambrientos de carne fresca no podía verlos ni escucharlos y mucho menos sentirlos, como intentar encontrar una pequeña mancha negra en una pared azabache, ¿cómo se supone que lucharía contra algo que no puedo ver, escuchar ni sentir? Pero la respuesta era demasiado obvia y aterradora, no se puede, por esa misma

razón es que estos monstruos nos derrotaron en cada ocasión que tuvieron, para ellos éramos hormigas luchando contra un imponente oso hormiguero, imposible de defendernos, nuestro único destino era convertirnos en su alimento o aún peor, en su enfermiza diversión.

En cuanto más me adentraba en el bosque una sensación de estar siendo observado se apoderaba de mi mente y posteriormente de mi juicio, ahora las sombras no me protegían ni me hacían sentir seguro, sino todo lo contrario, qué inocente había sido al no darme cuenta antes, la oscuridad es su mundo, no el mío, desde que di un paso adentro del bosque esas criaturas me estuvieron acechando con cautela y detenimiento esperando a que me diera cuenta de su presencia para atacarme o tal vez solamente para seguir acechándome con carnavalescas intenciones, miré hacia todos lados adentrando mi vista aún más en la oscuridad sempiterna, pese a saber que esas criaturas estaban ahí no podía verlas, pero esta vez podía sentir sus profundas y escalofriantes miradas fijas en mí, deseosas de que mostrara pánico y terror, me empecé a mover más rápido esta vez sin cuidado de ocultar mis pasos, de todas formas ellos ya se habían percatado de mi absoluta presencia, a lo lejos una brillante y danzante luz anaranjada se erguía grácil entre los árboles, no importaba lo que fuera, maldito o bendito sería mejor que estar a merced de estas enfermizas criaturas invisibles.

En cuanto más me acercaba a la luz, más amistosa y tranquilizadora se volvía, aunque el único sonido que escuchaba era el de mis pasos y el de las criaturas de la noche, eso, lejos de tranquilizarme, me ponía aún más nervioso, hasta que de pronto un sutil pero audible gruñido se cierce sobre mi oído, me doy la vuelta bruscamente y ahí estaba uno de esos monstruos del tamaño de un perro grande, completamente negro, sosteniendo su cuerpo sobre sus dos brazos y sus dos piernas esqueléticas y famélicas, con unos ojos brillantes de un tono amarillento desgastado y, como si fuera poco, unos dientes grandes y afilados como navajas completamente desproporcionados a su cuerpo.

Sin pensarlo corrí hacia la bailarina luz lo más rápido que podía y aunque escuchaba a esa cosa persiguiéndome no pensaba detenerme por nada del mundo ni girar mi cabeza para verla, no importa lo que pasara, seguiría corriendo hacia adelante sin descanso hasta llegar a la luz, aunque esta no fuera nada más que la cúspide de mi desesperación y la completa sentencia de mi muerte, podía sentir su tibio abrazo que inyectó directamente a mi cuerpo un aro de esperanza, tropecé estrepitosamente con alguna rama del suelo, a pesar de mis insistentes intentos de escapar, el destino y la fortuna se seguían riendo de mí, levanté la vista y ahí estaban esas enfermizas y horripilantes criaturas reunidas en un círculo alrededor de una fogata, algunos me miraban y otros simplemente me ignoraban atentos al fuego como cazadores vigilando a sus presas, me quedé paralizado, quería escapar, pero ninguno de mis músculos respondía, quería gritar pero ni mi garganta ni mis labios respondían, congelados por la aterradora imagen que estaba frente a mí.

Las criaturas que estaban más próximas a mí se fueron acercando lentamente como si tuvieran miedo de espantarme, en cuanto más se acercaban, con más detenimiento podía ver sus horribles y deformes rostros, golpeados por todos lados como si su vida entera se hubiera sumido en una constante y sempiterna lucha, carentes de orejas y nariz, adornando sus caras únicamente con unos brillantes ojos amarillos y unos abominables dientes chuecos y afilados como navajas obradas por el mejor herrero, una de esas enfermizas criaturas se acercó lentamente a mi oído y me dijo:

—No sos el único que puede hablar —pero su voz sonaba de todo menos humana, como si sus cuerdas vocales estuviesen oxidadas y su lengua y labios estuviesen duros como una roca, incapaces de modular, su voz era aún más enfermiza que su aspecto nauseabundo y vil.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó una de las criaturas que estaba colgada de un árbol cercano a mí, aferrada a él como si de un gato montés se tratara.

—¡Mátenlo! —gritaron al unísono varias de esas abominables criaturas.

—¡No, descuartícenlo! —preferiría que esas criaturas se callaran, palabra a palabra mi sentencia se hacía aún peor.

—No —dijo tranquilamente el que parecía ser el jefe, se levantó hasta donde pudo y ahora de una forma semierguida prosiguió—: Pensemos algo mejor —giró como pudo su cabeza arrastrando sus hombros hasta la incesante luz amarillenta—. ¡¡COCÍNENLO!! —sentenció esa criatura.

Dando por hecho mi inminente muerte busqué en el suelo con una desesperación que jamás en mi efímera vida había sentido, tomé una piedra y en cuanto esa criatura se abalanzó contra mí la golpeé con toda la fuerza que fui capaz, soltó un chillido agudo y molesto, pero antes de que esa cosa carente de un nombre preciso reaccionara, salí corriendo lo más rápido que pude, aunque no podía escuchar sus pisadas, ni sus gruñidos ni nada que proviniera de ellos, sabía que estaban ahí, atrás mío, persiguiéndome a la espera de que cometa un mínimo error, que tropezara o que chocara con algo para dejarme a su merced y asesinarme ahí mismo, o algo mucho peor, las arboledas me rodeaban como paredes sentenciando precisamente mi camino, cada paso podía significar mi muerte y aunque lograra escapar y no perderme en la inmensidad del bosque posiblemente el destino se reiría una vez más de mí, haciéndome caer en una trampa de esas horripilantes y, para mi mala fortuna, pensantes criaturas, pero como un indicio del destino y tan brillante como una estrella fugaz en el más apagado de los cielos, en las lejanías una cabaña pequeña pero segura se dejaba ver marcando el final de mi camino y mi salvación, sacando fuerzas de lugares inconcebibles para mi mente corrí con aún más fuerza hasta tocar la rugosa madera de la cabaña, de la forma más rauda y furtiva que pude entré bloqueando la puerta a mi paso esperando que mis acechadores no me hayan visto ni seguido y ahí me quedé, envuelto por un manto de oscuridad y humedad, esperando a que mi destino desarrollara su desenlace.

